

PEDRO MINIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.



PEDRO MINIO

COMEDIA EN DOS ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid,
el 15 de Diciembre de 1908.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID

PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA

(Sucesores de Hernando)

Arenal, 11

1909

PERSONAJES

PEDRO MINIO, asilado (65 años).....	Sr. Rubio.
LADISLAVA, asilada (60).....	Sra. Rodríguez.
ABELARDO (40).....	Sr. Puga.
HORTENSIA, su esposa (50).....	Srta. Alba.
FANNY, hija de Hortensia (20).....	Srta. Latorre.
PEPE TERRANOVA (25).....	Sr. Barraycoa.
EL MARQUÉS DE LOS PERDONES, Patrono y Director del Asilo (60).....	Sr. Pacheco.
EL DOCTOR (40).....	Sr. Mata.
LA SUPERIORA (Madre Luisa) (40).....	Sra. Ortiz.
SOR BONIFACIA (25).....	Srta. Moreno.
SOR VICENTA (25).....	Srta. Pardo.
LA MILAGROS, asilada (98).....	Srta. Toscano.
PASCASIA, idem (65).....	Srta. Acebedo.
ETELVINA, idem (60).....	Srta. Otero.
POLIDURA, asilado (70).....	Sr. Mora.
DON TELEMACO, idem (70).....	Sr. Romea.
BERDEJO, idem (70).....	Sr. Simó Raso.
Viejas y viejos, Hermanas de la Caridad.	

La acción en Madrid, en el Asilo de Nuestra Señora de la Indulgencia.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

C. de San Francisco, 4.

ACTO PRIMERO

Primer patio de recreo en el Asilo de Nuestra Señora de la Indulgencia.—A la izquierda, primer término, puerta grande que comunica con el locutorio, salas de recepción y con el exterior del edificio.—A la derecha, primer término, puerta pequeña y ventanas que corresponden á las habitaciones del Patrono y Director, Marqués de los Perdones. En último término, derecha, un arco ó puerta grande que conduce á diversas dependencias del edificio; en último término, izquierda, un arco que conduce á la enfermería.—En el fondo, valla verde de madera, con puerta central practicable, que da paso á un segundo patio ajardinado y á la huerta de recreo.—Arboles corpulentos dan apacible sombra á la escena.—Banco fijo á la derecha; tras él un velador ó mesilla; otra mesa rústica mayor á la izquierda; sillas rústicas.—Es de día.—Izquierda y derecha se entienden del espectador.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS, LA SUPERIORA, EL DOCTOR, que salen de la casa de la Dirección; HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA, SOR BONIFACIA, que entran por la izquierda.

MARQUÉS.—(Gozoso, guardando un manuscrito que han leído los tres.) Resulta de esta Memoria que en el quinto aniversario de su fundación, nuestro Asilo de Ancianos se halla en estado por demás próspero y floreciente.

DOCTOR.—Glórioso, señor Marqués. Diga usted que es el mayor éxito del siglo.

SUPERIORA.—Exito de fe y caridad.

DOCTOR.—Y de administración, Madre Luisa.

MARQUÉS.—En nuestras manos fructifica el árbol plantado por la santa fundadora. Reventaríamos de orgullo si fuera lícito envanecerse por el cumplimiento del deber.

SUPERIORA.—Y ahora, cada cual al suyo, Doctor.

DOCTOR.—Yo á mi enfermería.

SUPERIORA.—Yo á distribuir los servicios de la tarde. (Al dirigirse á la izquierda ve venir gente.) ¡Ay! visita tenemos.

DOCTOR.—(Mirando.) Son las norte-americanas, mis pomposas clientes.

MARQUÉS.—¿Otra vez? ¿Vienen la madre y la hija?

DOCTOR.—Y el prometido de ésta, Pepe Terranova, hijo del Marqués de Costafirme. Creo que han ajustado ya la boda...

MARQUÉS.—Las riquezas buscan blasones... y los encuentran al primer ojeo.

SUPERIORA.—Ayer, al despedirse, anunciaron que hoy repetirían la visita. Parece que quieren fundar una institución como ésta.

MARQUÉS.—(Incrédulo.) Habrá que verlo.

DOCTOR.—Estos pobres millonarios aburridos se distraen imitando lo inimitable. (Entran por la izquierda Hortensia, Fanny, Terranova y Sor Bonifacia. Hortensia es aparatosa, corpulenta; viste con recargado lujo. Fanny, jovencita espigada, viste con elegancia. Su prometido, Terranova, es un distinguido aristócrata. Sor Bonifacia es joven y bella.)

HORTENSIA.—Señor Marqués, otra vez nos tiene aquí... ¿Qué tal?

MARQUÉS.—Señora y señorita, encantado de ver á ustedes.

HORT.—A usted, Doctor, ya le vimos en casa. (Saludando.) Madre Luisa...

TERRANOVA.—No he podido contenerlas, Marqués. No se han avenido á poner media semana entre la primera y la segunda visita.

HORT.—Perdone usted nuestra impertinencia. Somos entrometidas, molestas, pegajosas. Queremos ver todo.

FANNY.—Nuestro fisgoneo no se satisface con ver: queremos el examen minucioso, la comparación...

MARQUÉS.—Mucho me agrada.

DOCTOR.—(Aparte á la Superiora.) No las crea usted. Sus ojos ven mucho; sus almas nada.

FANNY.—Nuestro objeto es ilustrarnos, aprender.

MARQUÉS.—Este Asilo de *Nuestra Señora de la Indulgencia*, fundado por mi esposa, no tiene secretos para nadie, y menos para los que vienen á estudiar su admirable organización.

DOCTOR.—Yo, con permiso de ustedes, voy á mi visita en la enfermería. Luego nos reuniremos... Y á propósito de enfermos, Hortensia, ¿no ha venido su esposo?

HORT.—¡Pobrecillo! Con nosotras entró... Pero como buen artrítico y cardíaco, no puede andar á prisa. Ya llegará.

DOCTOR.—¿Habrá ido al masaje, como le ordené esta mañana?

SOR BONIFACIA.—No, señor; está en casa. Entró en la farmacia para tomar una medicina.

DOCTOR.—Luego le veré. Con su permiso... (Vase por la izquierda, segundo término.)

ESCENA II

Los mismos, menos EL DOCTOR.

MARQUÉS.—Empezarán ustedes por esta parte, todo lo que comprende la vida material, desde los dormitorios á las cocinas.

SUPERIORA.—(Señalando al fondo.) Más adentro verán la capilla, las salas y jardines de recreo.

FANNY.—(A Sor Bonifacia.) ¿Según parece, están aquí los asilados muy divertidos?

SOR BONIFACIA.—De algún modo hemos de aliviar las tristezas de la vejez.

MARQUÉS.—No me corresponde ni una parte mínima en la gloria de esta fundación. Todo es obra de mi santa esposa, que ya goza de Dios. Los mejores años de su vida consagró Mercedes á planear y realizar este soberano instituto. Y al darle el título y advocación de *Nuestra Señora de la Indulgencia*, nos dejó un emblema de la grandeza de su sentir divino, de su pensar humano. (Colocación de las figuras de izquierda á derecha: Terranova, Sor Bonifacia, Fanny, Hortensia, el Marqués, la Superiora.)

SUPERIORA.—No ha nacido mujer que se le iguale. En su alma sublime, la piedad religiosa dejaba largo espacio á la piedad humana, y aun lugar para el sentido de la organización y del método y para el exquisito gusto en todas las cosas.

TERRANOVA.—Fué sin duda mujer extraordinaria, genial.

FANNY.—¡Lástima que abandonara el mundo tan pronto!

SOR BONIFACIA.—La santa Madre Mercedes vive siempre en nuestros corazones.

HORT.—Virtud, pasión de la beneficencia, inmenso caudal, todo lo tuvo esa señora, y todo lo aplicó á dar sustento y amparo á la vejez desvalida.

SUPERIORA.—El recreo es aquí tan importante como el alimento y el abrigo. Con él se procura dar satisfacciones á los que ó no las tuvieron nunca, ó las olvidaron al caer en la extrema pobreza.

HORT.—¿Y trabajan?

MARQUÉS.—Trabajo poco, y sólo en concepto de entretenimiento. En las horas de expansión, que son las más del día, se les permite divagar en grupos por éste y otros patios y jardines, sin separación de sexos. Todo tiende á mantener en los veteranos de la vida la placidez del ánimo. Por este medio fomentamos la cordialidad entre ellos y el amor á la institución. Se alienta todo sentimiento noble y todo estímulo de distracción inofensiva.

FANNY.—Nos han dicho que fuman y beben... que tienen billares, café, tío-vivo, juegos no prohibidos, estanco y algo de taberna...

SUPERIORA.—De todo hay un poco.

HORT.—(Sorprendida.) Y habiendo todo eso, ¿hay paz?

MARQUÉS.—Una paz admirable.

HORT.—Señor Marqués, yo quisiera comprobarlo. Perdóne mi desconfianza.

MARQUÉS.—Cuando usted guste.

HORT.—Por ahora, veremos el local, éste y el otro departamento, todo muy limpio, ya se sabe.

FANNY.—Todo muy bonito. Pero es ver simplemente la mitad ó parte mínima de las cosas.

HORT.—Quisiéramos ver lo principal, el funcionamiento de esta enorme máquina.

TERRANOVA.—La vida, el alma de la institución.

MARQUÉS.—Para eso necesitamos tiempo. Mañana, pasado mañana, cuando gusten, vénganse á pasar un día con nosotros... A las doce les daré de almorzar, aquí, en mi residencia.

FANNY.—(Gozosa.) Sí. Mamá, dí que sí.

HORT.—Vendremos, sí, señor.

MARQUÉS.—Yo vivo aquí como un ermitaño, humildemente, sobriamente. Pero trataré de que la penitencia que les impongo sea moderadita.

TERRANOVA.—Diga usted, Hortensia, que el ermitaño nos dará un trato de príncipes.

MARQUÉS.—Eso no: trato de medianía decente. ¿Aceptan?

HORT.—Sí, señor, y muy agradecidas.

MARQUÉS.—Pues ahora sigan su visita, para conocer todo el cuerpo de esta gran alma de *la Indulgencia*.

SUPERIORA.—La Hermana Bonifacia les acompañará. (Cuando se disponen á salir, entra por la izquierda Abelardo, sostenido por la Hermana Vicenta.)

ESCENA III

Los mismos. — ABELARDO, SOR VICENTA. Abelardo es hombre como de cuarenta años, atrozmente envejecido, trémulo, de andar inseguro. La Hermana Vicenta, joven y linda, le trae cogido del brazo.

HORT.—Abelardo, eres una impedimenta horrible.

ABELARDO.—No puedo... me canso... Esta bondadosa Hermanita me llevó á la Farmacia para darme las gotas de estrofanto.

HORT.—¿Vienes con nosotras?

ABELARDO.—Seguid, seguid. Yo me tomaré aquí otro descanso.

FANNY.—Y aquí tienes al Doctor, que prontó saldrá de la enfermería.

MARQUÉS.—(Llevándole al banco, á la derecha.) Aquí estará muy bien.

ABELARDO.—Gracias, señor, por su bondad.

HORT.—Luego te recogeremos.

ABELARDO.—No estoy para ver una sala y otra sala, y subir y bajar escaleras. Me mareo, me rindo... Luego me contaréis. (Se van por la derecha Hortensia, Fanny, Terranova y Sor Bonifacia.)

MARQUÉS.—Nosotros, con su licencia, nos retiramos... Sor Vicenta le acompañará hasta que vuelva su familia. Puede pasar á mis habitaciones, si gusta.

ABELARDO.—Gracias: estoy aquí muy bien, al fresco. Gracias.

MARQUÉS.—Hasta después.

SUPERIORA.—(Aparte al Marqués, retirándose lentamente.) ¡Desdichado señor! La fatua de su mujer le trata como á un niño molesto... ¿Pero no sabe, señor Marqués? (Sigue contándole en voz baja un caso extraordinario.)

SOR VICENTA.—(En pie, junto á don Abelardo.) Señor, la continua ingestión de medicamentos es cosa mala.

ABELARDO.—¿Es usted médica?

SOR VICENTA.—Ya sabe que soy la farmacéutica de la casa.

MARQUÉS.—(Aparte á la Superiora, muy sorprendido.) ¿Pero es cierto?

SUPERIORA.—El Doctor me lo ha dicho. (Siguen comentando el extraño caso.)

ABELARDO.—Por primera vez veo reunidas la Farmacia y la Belleza. La compañía de usted es para mí un dulce sedante.

MARQUÉS.—(Aparte á la Superiora, ya en la puerta.) ¿Y dice que este pobre ricacho?...

SUPERIORA.—Es, si no entendí mal, sobrino de...

MARQUÉS.—(Aparte á la Superiora.) Pues me alegro lo que usted no puede imaginar. (Se van por la izquierda.)

ESCENA IV

ABELARDO, SOR VICENTA; después EL DOCTOR.

ABELARDO.—¿Me pide usted noticia completa y detallada de mis padecimientos? Pues allá va. Padezco del estómago, del corazón, del hígado, de los bronquios y pulmones, de la médula, de los nervios, del encéfalo, del cuero cabelludo. Soy, en fin, un índice, un programa de Medicina.

SOR VICENTA.—Y un Profesor de Patología imaginaria.

ABELARDO.—Pues aún padezco dolencia más cruel que las que pongo en la lista. Y de esa no dirá usted qué es imaginaria.

SOR VICENTA.—¿Cuál es? Si puedo saberlo, dígamelo.

ABELARDO.—Mi mujer.

SOR VICENTA.—¿Y llama enfermedad á una señora tan guapetona, tan elegante?

ABELARDO.—¿Elegante? Para mí es una enfermedad de muy mal gusto, que amarga mis horas y me atormenta lo indecible.

SOR VICENTA.—¡Ay, qué malo, qué malo! ¡Hablar así de su digna esposa!

ABELARDO.—Mis sufrimientos, Hermana Boticaria, me hicieron primero estóico, después clínico. El horrible martirio matrimonial no se me alivia sino desahogando mi espíritu con el ¡ay, ay, ay! de los que padecen un dolor agudísimo... pero no delante de ella... eso no. Me dolería más.

SOR VICENTA.—Si no es indiscreción, señor, quisiera hacerle una pregunta.

ABELARDO.—Diga.

SOR VICENTA.—¿La señora doña Hortensia es efectivamente yanqui?

ABELARDO.—¡Oh, sí!... yanqui... de Mondoñedo. Allí nació. Sus padres, que eran muy pobres, emigraron á los Estados Unidos. Hortensia se llamaba entonces Farruca. Debía de ser una chicuela que andaba en pernetas detrás

de una vaca, Para mí que era bonita, y suave como los retoños de la ortiga... En Nueva York fué bailarina; casó primero con un domador de potros y potrancas que no pudo domarla á ella...

SOR VICENTA.—Por Dios, no bromeé, no desbarre. Un caballero no debe hablar así.

ABELARDO.—Yo no soy caballero. Soy un enfermo desesperado y enloquecido... de tanto padecer.

SOR VICENTA.—Dígame, y perdone otra vez. ¿La señorita Fanny es hija del primer matrimonio de doña Hortensia?

ABELARDO.—(Confuso, perplejo.) Sí. No, no. La verdad, no me acuerdo si es del primero ó del segundo marido. (Que-
dándose como telo.) Ya sabe usted que el estrofanto, que acabo de tomar, ataca la memoria. Todo se me olvida, hasta mi número de orden en la serie de los maridos de mi mujer.

SOR VICENTA.—(Aparte.) ¡Pobre señor, cómo tiene la cabeza!

ABELARDO.—Pues ahora me toca á mí preguntar á usted... Pero ¡ay! ya se me ha ido del pensamiento...

SOR VICENTA.—Párese un poquito y haga memoria.

ABELARDO.—(Reflexionando.) Pues era... era... ¡Ah! ya me acuerdo. A ver: dígame. ¿Conoce usted aquí á un sujeto...?

SOR VICENTA.—¿Asilado?

ABELARDO.—Sí, señora.

SOR VICENTA.—¿Su nombre?

ABELARDO.—(Recapacitando.) El nombre, el nombre... Mi madre se llamaba Jesusa Minio. Tenía dos hermanos...

DOCTOR.—(Entra por la izquierda, segundo término.) ¿Aquí de palabra con la Hermana Boticaria?

ABELARDO.—Sí, Doctor. No podía seguir á mi cara esposa, que va siempre al trote largo... me metí en la Farmacia... Diga, hermana: ¿cuánto hace que tomé el estrofanto?

SOR VICENTA.—Un cuarto de hora.

ABELARDO.—Doctor, ¿puedo ya tomar el glicerofosfato de litina? (Ademán de sacar algo del bolsillo.)

DOCTOR.—No, por Dios. Lo que tiene usted que hacer ahora es venir conmigo al masaje.

ABELARDO.—(Con alegría.) ¿De modo que no tengo que esperar á Hortensia?

DOCTOR.—No.

ABELARDO.—¡Qué alegría!

DOCTOR.—Al masaje. Hortensia me ha encargado que le lleve yo mismo... que le cuide y le zarandee, que le mime como á un chiquitín. ¡Cómo le quiere á usted!

ABELARDO.—(Burlón.) ¡Cómo me quiere! ¡Qué cacho de ángel!

DOCTOR.—Con que andando. Fuera pereza.

ABELARDO.—(Levántase.) Vamos. La Hermana Boticaria me acompañará hasta la salida. Voy muy á gusto entre mis dos amores: la Medicina y la Farmacia. (Empiezan á salir por el fondo viejas y viejos parlotando. Oyense risas.) ¡Qué bullanga! ¡Cómo alborotan esos chicos!

SOR VICENTA.—No son chicos. Son los viejos.

ABELARDO.—¡Ah! los viejos. (Les mira con asombro.) Doctor, no olvide usted mi encargo.

DOCTOR.—Hoy quedará cumplido. (Sale Abelardo entre los dos por la izquierda.)

ESCENA V

"ALFONSO REYES"

ETELVINA, vieja negrucha, espigada, de voz ronca y modales desenvueltos; DON TELÉMACO, alto, huesudo, flaquísimo; OTRO VIEJO; BERDEJO, viejecito pequeño y calvo, la cabeza como un huevo; PEDRO MINIO, viejo avellanado, muy erguido, risueño, vestido con decencia pobre, bien afeitado, dejándose bigote corto; LADISLADA, vieja de agraciado rostro, color encendido, cabellos blancos. Van entrando por el orden que se indica. A mitad de la escena, entra y sale brevemente PASCASIA.

ETELVINA.—(Andando con agilidad, dirigese al velador de la derecha, seguida de don Telémaco y el otro viejo.) Aquí echaremos un tute. (Arroja la baraja en la mesa.)

DON TELÉMACO.—Se entretiene uno mirando el entrecejo de la esfinge. Yo soy mano. (Comienzan á jugar.)

BERDEJO.—(Entra con un muñequito de masilla. Se ríe contemplándolo.) Aquí podré rematar tranquilamente mi obra de arte. ¡Qué lindo me ha salido, ji, ji!... (Retírase á la izquierda sin reparar en la entrada de don Pedro. Saca del bol-

sillo unos crayones de color y se ocupa en pintar la cara del muñeco).

DON PEDRO.—(Entra fumando un puro de estanco. Mira á todos lados.) No está aquí. Juraría que la ví entrar en este patio. (Por don Telémaco y compañía.) Allí los vagos... aquí este pobre chillado de Berdejo. ¿Qué haces, Berdejo?

BERDEJO.—Dar color á este lindo *bebé*. (Con risa infantil.) ¿Verdad que es monísimo? Luego le vestirá con lujosos trapitos, y quedará muy majo... ¡ji, ji!... No he olvidado mi oficio.

DON PEDRO.—(Gozoso, viendo entrar á Ladislada.) Ya está aquí.

LADISLADA.—En este patio descanso del barullo... Aquí viene mi don Pedro. Le gusta á una el trato de las personas bien criadas. (Dirigese al banco y se sienta.)

DON PEDRO.—(Con galán contoneo se acerca.) Ya estaba yo en ascuas, señora mía. Como ayer no bajó usted, pensaba que...

LADISLADA.—Estuve mala, sí. La condenada reuma no me suelta, y ayer me saltó el dolor á esta paletilla, cogiéndome hasta el codo, ¡ay! Estaba como envarada y sin juego del brazo.

DON PEDRO.—Pues con haberme llamado para darle una frotación...

LADISLADA.—¡Quítese! No fué menester. Achantadita en el dormitorio, con el agasajo de unas bayetas, y por dentro mis buenas sopas de puchero y dos cortadillos del blanco de Mudela, se me pasó. ¿Y usted, qué tal se encuentra? (Saca de un bolsón su labor de media y trabaja.)

DON PEDRO.—Yo, como siempre, más duro que el roble y más templado que el acero. Y con la salud conservo mi... mi golpe de vista, mis corazonadas. Cuando la ví á usted entrar en la *Indulgencia*, tres semanas há, me pareció que la había tratado toda la vida. ¡Tal fué la simpatía...!

LADISLADA.—¡Engañador, ponderativo! Bien se ve que es usted de Madrid.

DON PEDRO.—Pedro Minio es mi nombre; nací en la Mancha, país del ensueño.

LADISLADA.—Yo soy de Yebra, en la Alcarria.

DON PEDRO.—¡Oh, el país de la miel! Bien se le conoce á usted por la dulzura. (Ladislada suelta la risa.) Y á propósito: la

llaman á usted Ladislada; pero yo creo, con perdón, que siendo ese nombre el femenino de Ladislao, San Ladislao, Rey de Hungría, debemos llamar á usted Ladisla...a, y así resulta el nombre de una suavidad, de una finura exquisita. No sé qué dulzura siente el alma y la lengua al pronunciarlo así. Todo el nombre es poesía, y las últimas letras parece que gotean almíbar. (Como en éxtasis.) Ladisla... a...

LADISLADA.—(Risueña.) ¡Qué risa con el mancheguito éste! (Inquieta por la presencia de los tres jugadores y de Berdejo, que admira y celebra con risas infantiles su obra.) Esos vagos... ¿qué hacen?

DON PEDRO.—Matar el tiempo. Ni don Telémaco y compañía, ni el angelón de Berdejo, nos estorban. Sigamos.

LADISLADA.—Dígame otra cosa: ¿no ha dejado familia en la Mancha ó en Madrid?

DON PEDRO.—No, señora: el sobrino que me vive es como si no existiera para mí. Hace veinticinco años que emigró á los Estados Unidos. Nunca me ha escrito. Oí que se ha hecho millonario y que casó con una mostrenca también millonaria. No sé más.

LADISLADA.—Pues yo tengo dos sobrinas, guapitas ellas, alocadas y escandalosas. Vinieron del pueblo á servir. Del servicio pasó una á la casa de Maternidad, la otra á las Arrepentidas. Después... no le cuento más porque me... me aflige, me da vergüenza. Vea cómo se me pone la cara.

DON PEDRO.—Terriblemente ruborizada. Pasemos á otro asunto.

BERDEJO.—(Les interrumpe Berdejo mostrándoles el muñequito.) Mira, Perico; mire, Ladislada... ¡ji, ji!...

LADISLADA.—¡Ay, qué preciosidad... qué rico!

BERDEJO.—Lo ofreceré á las señoras ancianas para que lo rifen. Ya me darán una parte de lo que recauden.

LADISLADA.—Lo rifaremos, ¡vaya! Acaba de adornarlo.

DON PEDRO.—Déjanos, honrado Berdejo. No interrumpas. (Retírase Berdejo con su obra á la mesa de la izquierda.)

LADISLADA.—Cuénteme usted ahora y dispénsame... Soy muy curiosa... ¿Qué desgracias le han traído á este Asilo? ¿Malos negocios tal vez...?

DON PEDRO.—Los negocios no eran malos de suyo... psch... lo

malo era mi cabeza. (Sorpresa de Ladislada.) Espétese un poco. Mala cabeza quiere decir, en lenguaje fino, que yo era un soñador, un enamorado del ideal.

LADISLADA.—¿Y qué dedal era ese?

DON PEDRO.—Ideal, i...deal.

LADISLADA.—Ya, ya entiendo. Cosa de idea. Usted llevaba una buena idea... ganar dinero para mantener á la familia... ¿Fué usted casado?

DON PEDRO.—No, señora. Mi familia... ha sido todo el sexo femenino, digamos bello sexo; mi flaco, mi debilidad, mi dicha y mi desdicha, Ladisla...a. Desde mi tierna infancia, desde mi florida juventud hasta mis años maduros, no ha hecho este cura más que enamorar á toda mujer que veía.

LADISLADA.—(Que ha oído con la boca abierta, prorrumpe en exclamaciones.) ¡Jesús! ¿Y lo dice tan fresco? ¡Vaya un peine! (Se santigua.) ¡A toda mujer que veía!

DON PEDRO.—A toda, gorda ó flaca, noble ó plebeya.

LADISLADA.—No sé cómo le oigo con calma. Mire cómo me he puesto. (Señalando su rostro.)

DON PEDRO.—Ya lo veo: encarnadísima. Así está usted más bella.

LADISLADA.—Cállese por Dios. ¿Y qué hacía con tantas mujeres? Más le valiera escoger entre tantas una sola y vivir como Dios manda.

DON PEDRO.—Es que en ninguna encontraba mi ideal.

LADISLADA.—Porque no tenía usted pupila para buscarlo. Yo he sido más afortunada, don Pedro... Yo me casé tres veces.

DON PEDRO.—¿Tres veces? Es poco. Yo me he casado más de mil y nunca he sido viudo.

LADISLADA.—¡Bonita cosal! ¡Vaya con el mancheguito! (Recelosa de los testigos importunos.) Y ¡vaya con el cuajo de estos simplones! No se van.

DON PEDRO.—Trataré de echarles... (Dirigese á la mesilla.) ¿Qué hacen los vagos de oficio?

ETELVINA.—(Enojada, soltando las barajas.) Don Pedrín ó don Gaita, hamos jugado un tute. Ya se echaron los calculorios. Don Teleme es mágico, brujo y negromante, que sabe averiguar lo que ha de venir.

DON PEDRO.—Y ya sabrán el número de la Lotería que ha de salir premiado.

ETELVINA.—Lo sabemos, y aquí está el número. (Lo saca del seno.)

DON TELÉMACO.—Dámelo. (Lo coge de manos de Etelvina.) Quiero repetir el cálculo para comprobar...

PASCASIA.—(Aparece en la puerta de la valla del fondo.) Venid, venid, para que veáis una señorona inflá como un pavo, toa diamantes, plumas y fachenda. Hacia la huerta va. Venid pronto.

ETELVINA.—Vamos.

VIEJO.—Vamos á verlo.

PASCASIA.—Venga, Ladislada.

LADISLADA.—Ahora voy...

DON PEDRO.—(Empujándole.) Ve tú también, Berdejo. (Vanse presurosos por el fondo los tres. Don Telémaco permanece inmóvil. Saca un papel lleno de garabatos, y se enfrasca en sus cálculos. Don Pedro vuelve junto á Ladislada.) Al fin nos dejan solos. Ya podemos hablar con libertad.

LADISLADA.—Vayan con Dios.

DON PEDRO.—Este marmolillo de don Telémaco es como si no existiera. Véale usted. Montado en sus números, se pasea por las estrellas... Con que quiere usted saber...

LADISLADA.—Rabiando estoy porque me diga cuál era su ocupación, su oficio. Siéntese.

DON PEDRO.—Célebre, más que célebre ha sido Pedro Minio en toda la Mancha. Le contaré á usted lo principal de mi historia. (Tira el puro y se sienta.) ¡Oh, Mancha, tierra del ideal, del ensueño sin fin!... Pues verá usted. Muy joven me estrené yo en el comercio, trabajando en el azafrán, granjería que me dejó mi padre. Después emprendí el negocio de vinos y aguardientes. Pronto gané mucho dinero. ¿Pero de qué me valía si en cuanto veía yo una mujer bonita, me emborrachaba...?

LADISLADA.—¿De aguardiente?

DON PEDRO.—No, señora: de idealismo... y adiós mis vinos y alcoholes...

LADISLADA.—(Suspira fuerte.) Pero esas bobaliconas, sabiendo que era usted tan calaverón, ¿le hacían caso?

DON PEDRO.—¡Que si me hacían caso, María Santísima! Cua-

do yo no las buscaba, corrían ellas tras de mí como cabras desmandadas. En fin, yo recorría todos los pueblos de la Mancha, comprando vinos y vendiendo amores. En todo aquel país ancho y tendido, tierra de ilusión sin término, Pedro Minio estuvo *pedrominando*, ó predominando, que de entrambos modos puedo decirlo, como galán y como vinatero, durante largos años; y tan desdichado fué al cabo mi *pedrominio*, que un día, al llegarme á una de las principales poblaciones manchegas, salieron contra mí armados de garrotes y escopetas todos los maridos del pueblo.

LADISLADA.—¡Virgen del Carmen! ¿Y cómo escapó?

DON PEDRO.—Por pies.

LADISLADA.—¿Y así podía vivir?

DON PEDRO.—No, Ladisla...a. Tan no podía vivir, que tuve que abandonar mi país y me vine á Madrid, y aquí me establecí con el mismo negocio.

LADISLADA.—Y con los mismos vicios. Bien merecida le está su ruína... Tome ilusioncitas, tome *ideiles* y monsergas. Y en esa vida de calavera infundioso, le cogió á mi don Pedro la vejez, perdió hasta el último real, le embargaron, le persiguieron, le plantaron en medio de la calle.

DON PEDRO.—En la calle me ví sin una mota, pero con bríos para seguir luchando. Con dinero prestado, puse un *Salón para peinar señoras*, luego una *Agencia para colocar criadas*. Allí, con tanta señora despeinada y tanta criada bonita, se me fué otra vez la cabeza, y como al propio tiempo no sabía yo corregir el peor de mis vicios, que era dar mi dinero á todo el que á mí acudía con alguna necesidad, vino el trueno gordo y batacazo final.

LADISLADA.—¡Ay, qué pena!

DON TELÉMAGO.—(Desesperado porque no le sale bien el cálculo.) ¿Pero qué tienen estos perversos números que no dan la verdad? (Hablando con los números y golpeando la mesa.) No es eso, no es eso, ¡jijinojo! (Reanuda su trabajo.) Vamos... Otra vez.

DON PEDRO.—(Continúa sin hacer caso de don Telémago.) Hoy comía las sobras de un hospital, mañana las de un cuartel.

LADISLADA.—(Afligida.) ¡Ay, no siga! Se me parte el corazón oyéndole.

DON PEDRO.—Pues... asómbrese, Ladisla...a... Al bello sexo, á mi adorado bello sexo, debí la salvación. De la calle me recogieron unas señoras pías, y me trajeron á este santo Asilo, que es para mí la ciudad encantada, porque aquí como, bebo, fumo, voy bien vestido y me divierto... Y además, aquí me encuentro con lo que creí dejar en el mundo: el divino, el santo ideal.

LADISLADA.—(Asustada.) ¿Aquí esas cosas mundanas?

DON PEDRO.—Aquí... (Poniéndose tierno.) ¡Oh, Ladisla...a, mi sino es amar, y ha llegado el momento de ver realizado el ensueño de toda la vida!

LADISLADA.—(Tomándole á broma.) A buena hora, mangas verdes.

DON PEDRO.—(Con afectada timidez.) ¿Quién puede ser la persona que...? No acierto á nombrarla... Hasta el mirarla tan de cerca me encandila... me turba... Y ahora, ahora soy yo el que se ruboriza.

LADISLADA.—(Turbadísima.) ¡Ay, Dios mío! ¿Por mí lo dice?... ¡Qué vergüenza! ¡Valiente pillito!... Míreme á la cara. ¿Cómo la tengo?

DON PEDRO.—Como el propio sol. Toda luz, toda llamas.

LADISLADA.—(Levántase.) Déjeme, déjeme. ¡Ay qué hochorno!

DON PEDRO.—Amiga mía, sosiéguese. (Quiere obligarla á que se siente.) ¡Si lo he dicho con buen fin!

LADISLADA.—Quite allá... Está usted más loco que...

DON PEDRO.—Conservo mi sano juicio: óigame.

LADISLADA.—Ni con bueno ni con mal fin puedo hacerle caso.

DON PEDRO.—Siéntese y escuche. Yo se lo suplico.

LADISLADA.—(Transigiendo.) Me sentaré; pero sepa que me ofende. Con todos los fines es imposible que yo... Y hay una razón.

DON PEDRO.—¿Cuál?

LADISLADA.—¿Se hace el bobito? (Se burla de él con mueca graciosa.) ¿Pero no ve que soy una vieja?

DON PEDRO.—(Enfático.) Protesto, y me permito desmentir á usted terminantemente. Yo, gran conocedor de mujeres, afirmo y declaro por mi honor que es usted una soberbia jamona, y que tiene un aire de majestad que ya lo quisieran más de cuatro.

LADISLADA.—(Gradación de enojo á la risa.) ¡Ay, no se burle, no me haga reír! ¡Embustero, mala persona! Vieja soy,

aunque no mal conservada. Tengo mi dentadura bien entera. (Enseña los dientes.) Cuando yo era muchacha, daba gusto verme, según decían. ¡Anda, anda! Salía yo de paseo los domingos, ¡ay, qué Madrid éste! y por las calles iba pisando las flores que me echaban los señoritos. Pero ya pasó todo; ya no soy más que una ruína. Con esta reuma y esta pesadez, ¿de qué le vale á una conservar la caída de ojos y el blanco dentamen? Mire usted. Cuando cerró la pestaña mi tercer marido, aún tenía yo buen ver. Como que estuve apalabrada para casarme con un mayordomo de la casa en que fui cocinera.

DON PEDRO.—(Con júbilo.) ¡Cocinera!

LADISLADA.—¿Qué? ¿Le gusta ese oficio?

DON PEDRO.—Me entusiasma.

LADISLADA.—Pues he sido cocinera de casa grande. Ganaba mis doce duros.

DON PEDRO.—¡Maestra de arte culinario! ¡Si es el complemento de la felicidad! El hombre que posea tal gloria, puede contar con que cada día le ponga su esposa un platito fino y succulento.

LADISLADA.—No me haga usted reír, don Pedro, que con la risa me salta el dolor á la paletilla y veo las estrellas.

DON PEDRO.—La estrella de Oriente, la que nos trajo á los Reyes Magos, ví yo cuando usted entró en esta casa.

LADISLADA.—¡Ay, ya no estamos más que para que Dios nos lleve á su santo seno!

DON PEDRO.—(Galleando.) ¡Oh, no, Ladislada! Soy un hombre en buena edad. (Se pasea haciendo el pollo.)

LADISLADA.—¡Pobre señor, si no puede ya con los calzones!

DON PEDRO.—Se equivoca usted, amiga mía. Conservo mi salud de hierro, mi temple fogoso.

DON TELÉMACO.—(Furioso con los números, dando fuertes palmadas sobre el papel.) No, no; habéis de darme una cifra de once números acabada en dos ochos... dos ochos y no tres. (Airado, vuelve á calcular.) Otra vez.

DON PEDRO.—(Tranquilizando á Ladislada.) No haga caso del pobre mágico.

LADISLADA.—Venga acá, don Perico. Hagamos trato de amistad honrada, como de señora á caballero.

DON PEDRO.—De caballero á señora. Bien (Suspirando), accedo. Amistad... pero con confianza.

LADISLADA.—Confianza decente, ¡cuidado!... Y para que vea que le estimo de veras, empezaré yo (Risueña y algo picaresca) revelándole un secretillo.

DON PEDRO.—Venga, venga pronto.

LADISLADA.—Guárdeme el secreto, don Perico.

DON PEDRO.—De caballero á señora.

LADISLADA.—Es cosa de mis sobrinas. Pues aunque las pobres son... ya usted sabe...

DON PEDRO.—Traviesas...

LADISLADA.—Me quieren. Son muy cariñosas... Verá usted.

Vienen á verme todas las semanas. Un día me traen cerezas, otro pastelitos muy ricos...

DON PEDRO.—¿No le queda alguno?

LADISLADA.—¡Goloso! Pues el domingo me obsequiaron con unas ligas. ¡Ay qué ligas! Son de lo más elegante... ¿Quiere que se las enseñe?

DON PEDRO.—¿Las tiene puestas?

LADISLADA.—¡Ay, qué malo y qué resinvergüenza! ¡Cómo había yo de ponerme lo que es tan fuera de mi condición! Las tengo guardadas... Y cuidado con hablar de esto. (Don Pedro hace signos de discreción caballeresca.) Bueno: pues ayer, ayer me trajeron una cosa que á mí me gusta mucho, ¡ay! pero mucho, ¡ji... ji!...

DON PEDRO.—¿Puedo verla?

LADISLADA.—No es cosa para ver. Adivínelo.

DON PEDRO.—(Pensando.) ¿Cosa que no se ve? Ya... una moneda de cinco duros.

LADISLADA.—¡Ay, que no lo acierta!... Es un perfume. Yo me pirro por los buenos olores, de esos que se le meten á una en el sentido. Es un saquito chiquirritín que tiene dentro una cosa que huele á gloria divina. Ello debe de ser de los moros ó de los chinos.

DON PEDRO.—(Con fatuidad.) Soy muy entendido en perfumes elegantes.

LADISLADA.—Pues á ver si conoce éste. Envuelto en un pañuelo, he metido aquí el saquito. (Señala el pecho por la clavícula izquierda.) Acérquese con disimulo.

DON PEDRO.—(Acércase discretamente, aspirando.) ¡Oh, qué aro-

mal... ¡Perfume delicioso, embriagador! Lo conozco perfectamente. Es el que usan las odaliscas en los harenes. (Aspirando de nuevo.) ¡Ay, qué delicia! (Suenan dos toques de campana.)

LADISLADA.—(Siente voces por el fondo.) No más, no más. Ya vienen los compañeros.

DON PEDRO.—(Con solemnidad enfática.) Hermosa Ladislada, queda sellado el pacto, el compromiso de ideal amistad. (Empiezan a entrar los que se indican.)

ESCENA V

LADISLADA, D. PEDRO.—HORTENSIA, FANNY, TERRANOVA, SOR BONIFACIA, LA MILAGROS, ETELVINA, POLIDURA, VIEJAS y VIEJOS, que se van esparciendo por derecha é izquierda. D. PEDRO se retira á la derecha, junto á DON TELÉMACO. LADISLADA se incorpora á las VIEJAS.

FANNY.—Todo es admirable, mamá, y responde á un alto pensamiento de humanidad.

TERRANOVA.—Se ve el intento de dar á los viejos la ilusión de la vida general.

HORT.—Dispéñeme la ilustre fundadora de *La Indulgencia*: yo veo en su obra tanta extravagancia como virtud. Sobra esplendidez en la organización doméstica; falta austeridad. La vida moral aparece aquí embarullada dentro de un laberinto de recreos y distracciones.

FANNY.—El teatrillo y el *cine* son una preciosidad.

HORT.—(A Sor Bonifacia.) En este teatro, ¿dan funciones los viejos de la casa?

SOR BONIFACIA.—Sí, señora. Estudian y representan comedias de risa, y se divierten como criaturas. Algunos se pelean por los papeles de galán joven.

FANNY.—¡Qué monada!

HORT.—Aberraciones, hija mía. Pero nada me ha sorprendido como el café.

FANNY.—Un café chiquitín, con sus mesitas, su mostrador, sus botellas de licores...

TERRANOVA.—Y sus parroquianos y parroquianas.

HORT.—Advertí que se convidaban unos á otros; que éste reía, el otro pagaba.

TERRANOVA.—Diga, Hermana: ¿pero estos desgraciados llevan dinero en el bolsillo?

SOR BONIFACIA.—Sí, señor: el numerario de la casa.

HORT.—Será moneda figurada, que se les da para que gocen la ilusión del dinero.

POLIDURA.—(Es un viejo de buena presencia. Con más arrogancia que timidez, se acerca.) Véanlo, señoras. Es dinero, tan dinero como el del Gobierno. (Saca y muestra un puñado de monedas de níquel.)

HORT.—(Coge y examina una moneda.) Chápititas de níquel. (Lee.) *Nuestra Señora de La Indulgencia... cincuenta céntimos.*

FANNY.—(Que ha cogido otra monedita.) Esta dice: *una peseta.*

TERRANOVA.—(Lo mismo.) *Dos pesetas.*

SOR BONIFACIA.—Cuando entran aquí, se les da una cantidad...

HORT.—Ya me lo dijo el Capellán: cantidad que pueden aumentar ó disminuir...

SOR BONIFACIA.—Como que hay trabajos remunerados, hay Caja de ahorros... Y para gastar tienen café, billares, teatro, juegos lícitos...

HORT.—(A Polidura.) ¿Y estas chapas son para ustedes lo mismo que plata?

POLIDURA.—Lo mismo. Viéndolas correr... allí cobro, aquí gasto, acabamos por darles tanto valor como á las chapas del Gobierno ó más.

FANNY.—¿Y usted qué oficio tuvo antes de ser recogido aquí?... ¿Qué era?

POLIDURA.—Desgraciado.

HORT.—¿Comerciaba usted?

POLIDURA.—Quebraba; ese era mi oficio: quebrar. Parece que fué maldición. Mi padre me dejó una tienda de bragueros... Quebré á los seis meses, y luego emprendí varias industrias, que fueron otros tantos quebraderos de cabeza y de bolsillo. En sin fin de tiendas puse mi nombre y rótulo: *Cabrería, Café económico, Aguardiente*